

SERMON VIGÉSIMO NONO.

De la sociedad intelectual pública fundada por la doctrina católica.

MONSEÑOR (1) :

Señores :

Hemos considerado hasta aquí los efectos de la doctrina católica sobre el espíritu y sobre el alma del hombre; sobre su espíritu, por medio de una certidumbre y un conocimiento superiores á la certeza y al conocimiento puramente humanos; sobre su alma, por medio de virtudes que no proceden de su naturaleza, y que á causa de esto hemos llamado virtudes reservadas.

Pero por grandes que sean estos dos teatros en que se produce la accion de la doctrina católica, no es esta, no obstante, la escena última en que manifiesta su preponderancia. Hay otro terreno mas vasto, mas profundo, mas brillante, mas incontestable, adonde todo va á parar y que decide de todo; tal es la sociedad. Porque el hombre no es un sér solitario, no ha sido echado por casualidad para vivir y morir á la sombra ignorada de una roca ó de una selva; nace en medio de la sociedad, que le recibe, que le cria, que le educa, que le comunica sus ideas, sus pasiones, sus vicios, sus virtudes, y á la cual deja con sus cenizas y su memoria la influencia de su vida. De donde se sigue, que haber considerado al hombre en el foco secreto de su inteligencia y de su corazón, no es aun conocerlo completamente, ni sobre todo conocer la doctrina que ha

(1) Los señores arzobispo de Calcedonia y los obispos de la Rochela y de Montpellier.

sido el principio de su actividad. Es necesario, para acabar la prueba, pasar de lo interior á lo exterior, del sér solitario al sér social. La sociedad es el confluente de todos los pensamientos y de todos los movimientos del hombre, la manifestacion pública de lo que él vale y de lo que valen las enseñanzas en que ha recibido su desarrollo interior. Por esto, Señores, nos es preciso ver lo que ha producido la doctrina católica con respecto al órden social. Y digo, que aquí, como en otras partes, ha hecho cosas que no ha hecho ninguna otra doctrina; digo, que no solamente ha modificado y transformado las sociedades naturales, tales como la sociedad doméstica y la sociedad política, sino que además ha creado una sociedad que es obra suya propia, inimitable, inimitada, que subsiste á favor de todos y contra todos, y que yo llamaré por esta razon una sociedad reservada. Este será el objeto de nuestros nuevos Sermones. Veréis en primer lugar cuál es esta sociedad reservada á la accion de la doctrina católica; veréis despues la influencia que ha ejercido esta sociedad reservada, mezclándose en las sociedades naturales, sobre la constitucion y la suerte de estas; y cómo, en fin, ha transfigurado todos los elementos de la sociabilidad humana.

No os exhorto, Señores, á que me concedais vuestra atencion; habeis acostumbrado concedérmela hace mucho tiempo. Sostenido en esta cátedra por el que abate los cedros y hace florecer al hisopo, vuestra simpatía no ha sido mas que una traduccion dichosa de su misericordia hácia mí, y yo confío en alguna cosa que proviene mas de él que de vuestro corazón. ¡Ojalá bendiga el Señor las disposiciones que traéis á esta reunion; y que nosotros, creyentes y servidores de la verdad y del amor, podamos contar bien pronto entre vosotros algunos mas!

Engendrando la doctrina católica en el entendimiento del hombre una certeza y un conocimiento superiores á la certeza y al conocimiento humanos, se sigue de aquí incontestablemente que debe establecer entre los entendimientos, de quienes es el apoyo y la regla, una sociedad de un órden mas perfecto que la que aproxima las inteligencias privadas á esta certidumbre y á este conocimiento sobrenatural. Pero esta primera conclusion es muy inferior á la verdad; porque la doctrina católica no solo ha fundado una sociedad intelectual mejor, sino que ha fundado la única sociedad intelectual pública que haya en el mundo, la única verdadera república de los entendimientos.

Es muy natural, Señores, que no me permitais seguir mas ade-

lante sin explicar mi pensamiento; porque ¿no es manifiesto que existe naturalmente entre los hombres una sociedad natural y primitiva, sin la cual no podrían entenderse, y por la cual comprenden sus pensamientos desde el uno al otro confin del mundo con el auxilio del discurso? Esto es cierto, Señores, yo no lo niego; esta sociedad existe; es la sociedad del sentido comun, que une todos los seres inteligentes, y cuyo fondo social se compone de los primeros principios de la lógica y de la moral, de las verdades matemáticas y de los fenómenos vulgares de la naturaleza. Yo no disputo su existencia; á ella pertenecen todos los hombres, ya sean ó no católicos; pero haced una observacion: esta sociedad de los entendimientos por medio del sentido comun, no es libre, no es el producto de nuestra actividad voluntaria; el hombre se halla fatalmente sometido á ella; el hombre nace en el sentido comun sin ningun acto de fuerza ni de eleccion, y no tiene otra puerta para escapar de ella que la locura. Esta es la única puerta que le queda abierta contra el sentido comun. Porque aunque Dios haya juzgado á propósito poner un límite á nuestra libertad en los principios fundamentales de nuestra razon, ha permitido no obstante, que aun fuera de la lesion del órgano que sirve al pensamiento, pudiese el hombre en ciertos casos condenarse á muerte bajo la relacion intelectual. La locura, cuando no ha resultado de un accidente fisico, no es otra cosa que un suicidio del entendimiento, suicidio provocado frecuentemente por el orgullo, así como se escribió de aquel famoso rey de Babilonia, que paseándose por los terrados desu palacio, y viendo á su alrededor todos los esplendores de su capital, se puso á decir interiormente: ¿No es esta la gran Babilonia que yo me he forjado en mi poderío y en mi gloria? Y al instante mismo, haciendo en él su orgullo una erupcion final, cayó herido del rayo de la demencia. Por lo demás, sea lo que quiera acerca de la naturaleza íntima de la locura, es cierto que en épocas de una excesiva libertad del pensamiento, como la en que vivimos, esta terrible catástrofe de la inteligencia se manifiesta en casos incomparablemente mas numerosos. Los entendimientos van á la aventura, semejantes á barcas desatadas de la ribera y que bajan sin piloto sobre un mar sin horizonte; la realidad desaparece ante el sueño, y muchos de los mas débiles, no siendo los menos presuntuosos, terminan llevando á encerrar los tristes restos de su ambicion entre cuatro paredes de un hospital de locos.

Perdonad, Señores, esta rápida digresion. Jamás me habeis exi-

gido que me ciñese inflexiblemente á un cuadro inexorable, y mas de una vez me habeis visto sin dificultad recoger ante vuestros ojos verdades que me separaban de mi camino. Vuelvo, pues, á la sociedad de los entendimientos en el sentido comun.

Existe pues esta sociedad, yo no lo dudo; pero por el solo hecho de no ser una sociedad intelectual, nacida de nuestra libertad, de nuestra actividad propia, no contradice en nada su existencia la proposicion que he avanzado; á saber, que solo la doctrina católica ha fundado en la tierra una sociedad intelectual pública, sociedad que comienza precisamente donde concluye el sentido comun con la necesidad, y donde llega á ser imposible la division con la libertad.

Y al momento, Señores, comprenderéis la importancia de esta segunda sociedad intelectual, cuyo honor exclusivo atribuyo á la doctrina católica. Porque el sentido comun, que á todos nos une, nos une en muy estrechos límites; nosotros no tenemos que llevar nuestro espíritu muy lejos para que se sienta libre de los lazos de la comunidad; el *nos* es limitado, el *yo* es infinito; y las cuestiones sobre que se ejerce la libertad están por sí mismas sin riberas y sin fondo. Mas allá del sentido comun, se trata entre los hombres, no ya de algunas cosas raras y extremas, sino de las cosas primeras y últimas, del principio, del fin, de la funcion de nuestra vida, del sistema general del mundo, de los planes del Criador, del Criador mismo; de todo en fin, y de un todo en que cada abismo contiene el destino. No os admireis, Señores, si desde la mas oscura antigüedad aspiraban todas las grandes almas á fundar la república de los entendimientos. Cuando Pitágoras en la paz de los valles de la gran Grecia llamaba á raros discípulos al silencio, á la meditacion; cuando Sócrates se preparaba por una gran subiduría á beber la cicuta de manos de su ligera patria; cuando Platon se paseaba escoltado de oyentes, á lo largo de las escarpadas crestas del cabo Sunio, ó grababa su pensamiento en páginas que ya no podian perecer; cuando Confucio en un confin de Oriente elevaba una voz cuyo eco debia oír el Occidente, ¿qué querian, qué intentaban Pitágoras, Sócrates, Platon y Confucio, estos primeros genios del mundo profano, si aun puede llamarse así nombrando á tales hombres? ¿Qué era lo que ellos querian? Querian, no ya crear imperios trazados con la espada, construcciones siempre tan frágiles como estrechas, sino edificar la basílica de los entendimientos, fundar la unidad intelectual, rehacer lo presente y lo futuro en la paz profunda de un pensamiento comun, para que en lo sucesivo

fuese el curso del hombre semejante al de una nave que, desatada del puerto por una mano poderosa, boga bajo esta mano, asegurada, sin temer al Océano, como no lo temía desde la playa. Tales eran sus votos, tales son aun los votos de quien ama bastante al hombre para sentir sus penas y ocuparse de su suerte.

Sí, aun en el momento en que hablo, ¿cuál es el pensador, cualquiera que sea la escuela á que pertenezca, que habiendo sentido una vez la dicha de la luz, habiendo entrevisto el horizonte inmutable donde reside la verdad, no haya deseado legar á sus semejantes tan bellos momentos, fijar el relámpago, formando con él un día lleno é inalterable? ¿Cuál es en Europa el filósofo ó el legislador verdaderamente digno de este nombre que no haya pensado en la unidad de los entendimientos, que no haya mirado temblando el suelo en que vivimos, y no se haya preguntado si al fin se presentará una solución equitativa, á cuyo alrededor venga toda la humanidad á abrazarse y á descansar?

Muchas son las potestades, Señores, que se han ofrecido para realizar esta obra. Distínguense tres, pues todas las demás no son sino distintas fases de estas. La primera es la potestad, ó si os parece mejor, la filosofía racionalista.

Esta filosofía razona así: puesto que poseemos primeros principios ciertos, puesto que en el orden lógico, en el orden matemático, en el orden físico tenemos puntos de partida vivientes, es decir, que contienen consecuencias ulteriores é ilimitadas; ¿por qué no hemos de sacar de ellos toda la verdad, como se saca de una mina todo el oro que se halla oculto en ella? Si no fuesen fecundos los principios, si nada más contuviesen que á sí mismos, toda esperanza de conquistas futuras sería una ilusión vana. Pero pues que está manifiesto lo contrario, ¿por qué no hemos de pensar que Dios nos ha dado, en el tesoro primitivo de nuestro entendimiento, el gérmen de toda ciencia y de toda verdad? Sin duda que para esto es necesario tiempo, paciencia, el trabajo y la experiencia de los siglos; pero no nos faltarán siglos, ni trabajo, ni genio, y al fin llegará el día en que se haya colocado la última piedra, iluminándose el templo hasta la cima, y fundándose para siempre el reinado de la unidad. Lógicamente, Señores, es decir, no consultando más que el orden de las ideas, no se ve claramente por qué no ha de ser así. Pero veamos los hechos; porque ya sabéis que la realidad es la que decide de todo. Veamos, pues, si la filosofía racionalista, y hablo de la buena filosofía racionalista, la que trata sinceramente de afirmar y edificar, la filosofía de los grandes hombres á quienes nombraba ahora mismo,

Pitagoras, Sócrates, Platon, Confucio; veamos, digo, si ha fundado una sociedad intelectual pública, la unidad pública de los entendimientos. Y para descubrirlo mejor, investiguemos en primer lugar cuáles son las condiciones necesarias para la existencia de semejante sociedad.

Sin ideas comunes, no hay unidad de entendimientos, y por consiguiente no hay sociedad intelectual. Pero no bastan ideas comunes para este fin; es necesario además que sean inmutables. Porque si las ideas comunes son pasajeras, móviles, variables, el cimiento de los espíritus será también pasajero, móvil, variable; cederá al menor soplo, al primer accidente, y la unidad no será más que una unión superficial y engañosa, tal como se la encuentra en las facciones y los partidos. La inmutabilidad de las ideas es á un tiempo mismo la raíz y el instrumento de la unidad.

Es además necesario que las ideas comunes sean ideas fundamentales. Porque establecer la unidad de los entendimientos sobre su conformidad en puntos de poca importancia, mientras que se hallan divididos en cosas capitales, es burlarse del sentido común. Ahora bien, no hay más ideas fundamentales que aquellas de que se deriva la actividad del hombre, y las ideas de donde se deriva la actividad del hombre son las que este se forma sobre el principio, el fin y la función de su vida. Mientras el hombre no está conforme con el hombre sobre esta triple base, no se encontrarán jamás en un mismo pensamiento y en una misma acción, á no ser en materias que no tienen ningún valor, y en que su alianza de un momento no podría hacer de ellos un solo entendimiento.

En fin, las ideas constitutivas de la unidad intelectual deben ser reconocidas y aceptadas libremente por la inteligencia; porque, si no es la inteligencia quien las reconoce y acepta libremente, su presencia en el entendimiento es un fenómeno extraño al orden racional, un resultado de violencia, de ciega hábitud ó de fatalidad, caracteres que excluyen toda apariencia de sociedad intelectual entre seres sometidos solamente á la miseria de una misma opresión.

Así, para que haya unidad de entendimientos, es necesario que haya entre ellos ideas comunes, inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por la inteligencia; y para que esta unidad constituya una bondad intelectual pública, es necesario en último lugar que las ideas que forman su base no sean privilegio de algunos, sino que tomen parte en ellas todos los elementos vivos de la humanidad, y se asocien á ellas realmente, desde el niño hasta el

anciano, desde el pobre hasta el príncipe, desde el mas ignorante hasta el mas sabio. En el caso contrario, la bondad perderia su carácter público para no ser mas que una casta ó una academia.

Ahora, Señores, apelo á vosotros. ¿Ha fundado un dogma público la filosofía racionalista mas perfecta y respetable? El dogma público es lo que hace poco definia, esto es, un conjunto de ideas inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. Repito la pregunta: ¿ha fundado la filosofía racionalista en alguna parte, en algun lugar, en algun tiempo, un dogma público? No, no, mil veces no. La filosofía racionalista ha creado escuelas, y nada mas; ¿y qué es una escuela? La reunion de algunos discípulos en rededor de las opiniones de un maestro. ¿Y qué es un discípulo? Un hombre que adopta algunas ideas, algunos procederes de otro hombre, con la condicion de abandonarlos cuando quiera, y aun con la esperanza formal de dejarlos, aunque no sea mas que por el placer legítimo de llegar á ser tambien maestro. Desde los quince á los veinte años, es cuando el discípulo se muestra tal vez mas humilde y mas grave. A esta edad, en que se despierta la razon, y en que aun no se ha perdido la sencillez del corazon, vamos á oír á un hombre elocuente, nos dejamos llevar del corriente ingenioso de su palabra, nos abandonamos al viento de su inspiracion, creemos en él. Pero viene la edad de la propiedad de sí mismo, la edad de la madurez, la edad en que se ha pesado á sí mismo y á los demás; y entonces, á Dios maestro, á Dios obediencia, á Dios esta querida y amable amistad de los años juveniles, que hacia que fuese nuestro pensamiento el pensamiento de los grandes hombres, ó al menos el de aquellos á quienes damos generosamente este nombre. Aristóteles no jurará ya por Platon, jurará por sí mismo; y el que no tenga la osadía ó la fantasía de jurar por sí, no jurará por nadie. A los cuarenta años, cualquiera que sea el hombre, no es ya el hombre discípulo del hombre. En verdad, Señores, esta capital es grande y contiene á mi juicio muchos talentos eminentes: pues bien, si hallais alguno que sea discípulo de otro, yo os ruego que vengais á decírmelo, é iré á ver este prodigio que aun no he tenido ocasion de admirar, y podré decir antes de abandonar este mundo: ¿He visto un hombre que tenia un discípulo!

Admitamos, si quereis, que las escuelas filosóficas, á pesar de la inconsistencia de sus doctrinas, tengan temporalmente alguna sombra de unidad; aun así no formarán una sociedad intelectual pública, reuniendo en su seno todos los elementos vivos de la humani-

dad, sino una academia de talentos privilegiados, conservando lejos de lo vulgar la memoria y las ideas de un hombre oscuro. La filosofía racionalista no lo oculta. Recientemente uno de sus jóvenes adeptos reivindicando para ella, por medio de una expresion tan ingeniosa como atrevida, el honor y la potestad del *ministerio intelectual*, declaraba realmente que no era ella aun capaz de ejercerlo sino respecto de los entendimientos cultivados. Lo demás, es decir, cuando se conoce el mundo, casi todo el mundo, lo demás pertenecia de derecho y afortunadamente á la accion mas general y mas maternal de la doctrina católica. ¿Qué es, Señores, una institucion, si esto es una institucion, que despues de seis mil años de trabajos, pues que se filosofaba ya antes del diluvio, no teme confesarse incapaz del *ministerio intelectual* relativamente á casi toda la humanidad?

Así, Señores, ha nacido y se ha hecho lugar en el mundo otro pensamiento; se ha presentado otra potestad para fundar la república de los entendimientos: la llamaré la filosofía autocrática. La filosofía autocrática procede como voy á decir: la unidad de los entendimientos es necesaria al género humano; fuera de ella no existen mas que antiguas asociaciones de intereses, incapaces de sostener el hecho mismo de las necesidades y de los deseos. Mientras que un pueblo no es uno por el pensamiento, no es un pueblo, sino un barrio de comerciantes, un monton de cuerpos y de deseos. La unidad de los entendimientos es la sociedad misma, y por consiguiente es preciso crearla entre los hombres á toda costa. Ahora bien, el raciocinio y la libertad desunen las inteligencias en lugar de asociarlas; es pues preciso sacrificar el raciocinio y la libertad, é imponer á las naciones la unidad intelectual por la vía que se pueda: hallar una de estas vías es la obra del hombre grande por excelencia, la obra del conquistador, del fundador, del legislador. Tal es, Señores, el pensamiento autocrático; él ha representado y representa aun un gran papel en el mundo; de él resultan el braçmanismo, el mahometismo y el paganismo. Los bramás han fundado bajo la proteccion de castas inmutables ciertas ideas sobre los fundamentos de nuestros deberes y de nuestra actividad, las que tienen siglos hace al abrigo de su confederacion política é intelectual. Mahoma ha creado la unidad con la cimitarra, sin cuidarse ni aun de disfrazarla con una vaina. El paganismo lo consiguió, confundiendo de una manera absoluta la sociedad civil y la sociedad religiosa.

¿Deberemos, Señores, condenar á los bramás, condenar á Mahoma, á Minos, á Licurgo, á Numa, á todos estos famosos legisla-